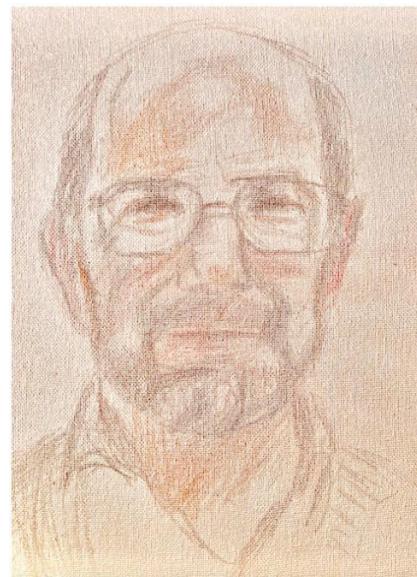




Puente humano entre el saber y la bondad: homenaje a profesor

Andrés Marió Casanova



Dr. Cristian Hernández-Vergara
Departamento de Formación
Pedagógica
Facultad de Filosofía y Educación
UMCE
Ñuñoa, Santiago de Chile
cristian.hernandez_v@umce.cl
<https://orcid.org/0000-0002-3283-8401>

Figura 1. “Retrato del Profesor Andrés Mario Casanova”
Técnica Gráfica sobre tela. Por Hernández-Vergara (2025)

En el corazón de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE), entre los pasillos del centenario Ex-Pedagógico y el aire que envuelve el campus Macul, permanece la presencia serena y luminosa del Profesor Andrés Isidro Marió Casanova. Su partida, a los 62 ciclos solares, no fue una despedida definitiva, sino una transformación: se nos fue, sí, pero también se nos quedó.

Se nos quedó encapsulado en el aire de nuestro micro mundo del Departamento de Formación Pedagógica, entre sueños que se mantienen despiertos redactando aún su herencia como académico, se quedó en las pizarras que aún guardan sus trazos, en los libros que citan su pensamiento, y en las conciencias que despertó con su enseñanza. Se quedó en los pastos, árboles, pasillos de la UMCE y sus alrededores, al interior de la mirada lúcida de quienes alguna vez se iniciaron en sus sabias enseñanzas sobre el alma humana y su psíquis, el aprendizaje que transforma, y las heridas que educan.

Un Educador que Enseñaba con el Alma

Andrés Marió antes de ser académico, psicólogo, bibliotecario, Doctor en Educación y Magíster en tres áreas distintas, fue estudiante del Liceo Valentín Letelier. Decía con dulzura que su cuna había sembrado en él la vocación por el saber y su enseñanza. Hijo agradecido que recordaba su origen con cariño, como se recuerda a la primera patria, no por la gloria, sino por ser raíz, cimiento y arcilla de hacedor.

Pero lo suyo no fue una carrera para el aplauso, tantas veces vano y estéril; sino más bien fue el camino y naufragio del alma, un ejercicio de responsabilidad con el dolor humano, que toca con su mirada dulce y la voz asertiva, para contribuir a su transformación. Más allá de los títulos que certifican su saber, fue un maestro que enseñaba desde la entraña, con una pasión que no se conformaba con el acto de pensar, sino que exigía vivir lo que se pensaba y amar lo que se enseñaba. Su docencia no fue un empleo, sino una entrega. Durante más de dos décadas, impartió Psicología del Desarrollo y Educacional, Neurociencia e Investigación Educativa, pero sus clases no se limitaban solamente a contenidos especializados, más bien eran experiencias transformadoras.

“Gracias por creer en mí cuando ni yo lo hacía”, escribió uno de sus ex alumnos, reflejando el tipo de impacto que solo los grandes maestros logran. Su pedagogía era crítica, sensible, y profundamente humana. En tiempos de la dictadura cívico militar que se alzó en Chile, cuando las palabras de la pedagogía emancipadora se escondían y las ideas debían andar solapadas y en puntillas, él abrió una biblioteca popular en Cerro Navia, porque estaba convencido de que la lectura —como la libertad de pensamiento— es un derecho insoslayable. Conformó el Colegio de Bibliotecarios, no para florear su nombre, sino para dar nombre a los sin voz, a los postergados, marginados y para ordenar el saber disperso, iluminando desde los márgenes.

Un Ser Humano Generoso y Cercano

Quienes compartieron con él relatan que Andrés era un hombre de puertas abiertas, de escucha activa, de presencia silenciosa pero contundente. Corregía artículos con la dedicación de un monje, conocía las distintas versiones de las normas APA como quien memoriza los caminos de regreso a casa, y ofrecía orientación sin mirar el reloj. Su trato cálido y su humildad lo convertían en un referente humano, más allá del académico. Su presencia fue modesta, alejada de la vanidad. Durante más de veinte años, enseñó desde la profundidad de sus cátedras, a pensar con el corazón y a sentir con la inteligencia.

“Nunca olvidaré nuestras conversaciones, tu sentido del humor y tu capacidad para hacerme sentir valorado”, escribió un amigo cercano. Su ética silenciosa, su bondad sin alarde, y su capacidad para hacer del aula un espacio de esperanza, lo convirtieron en un puente entre generaciones, disciplinas y saberes.

Un Legado que Florece

Coordinó por elección de sus pares, el Magíster en Educación con menciones y lo hizo con la serena sencillez de quien no busca brillar, sino más bien ayudar a que brillen los otros, logrando así, una acreditación de excelencia. Pero más allá de su gestión institucional, quienes compartieron con él recuerdan su calidez, su sentido del humor, su prudencia y su apoyo silencioso a quienes atravesaban dolores.

Fue responsable del proyecto “*Creando puentes entre Neurociencia y Pedagogía*”—como una metáfora de su propia vida—, ya que Andrés era en sí un puente, ya sea entre saberes, entre personas, entre disciplinas, entre generaciones. Su investigación tocó las fibras del ser humano contemporáneo, desde la psicología educacional, el género, la sexualidad, la infancia, y la resiliencia docente. Dejó artículos compartidos entre los más recientes podemos destacar el trabajo; *Profesores principiantes: resiliencia y reflexiones de cara a una docencia de emergencia* (Vergara et al, 2021).

Andrés no investigaba desde lentes distantes, sino más bien lo hacía desde la entraña tan comprometida con lo real, sin alarde, ya que no necesitaba hablar de sí mismo, puesto que su estar ahí hablaba por él. Su sonrisa, hacia del mundo que transitaba en esos segundos, un paraíso habitable y cuando enseñaba, simplemente despertaba conciencias.

“*Su partida duele aún más en una sociedad tan hostil, donde personas como él nos devorían la esperanza de que la gente buena existe*”, dijo un colega, ya que él nunca era de los que levantaban la voz para tener la razón.

Por eso su legado no se limita a sus obras escritas ni a sus logros académicos. Andrés vive en cada estudiante que encontró inspiración en sus clases, en cada colega que aprendió de su ética profesional, y en cada persona que se sintió acompañada por su presencia. “*Tu luz sigue brillando en cada uno de nosotros*”, se lee en uno de los mensajes más conmovedores del espacio de condolencias.

Un Agradecimiento que No Cierra el Duelo

Este memorial, no pretende correr el velo negro, sino abrir un espacio para el agradecimiento. Gracias, Profesor Andrés Marió Casanova, por enseñarnos que el conocimiento sin humanidad no transforma, y que la verdadera educación comienza con el respeto y la vocación. Tu memoria nos acompaña y tu ejemplo nos guía.

Mientras el viento cruce el parque y los muros de la UMCE, mientras alguien abra un libro para enseñar, mientras un docente se suba a una silla porque le apasiona la idea que explica, allí estará Andrés, ya no como recuerdo, sino como presencia.

DÉCIMA POR ANDRÉS

Peña, C. (2025).

Tu partida es sorpresiva
Doloroso este equipaje
A la luz emprendes viaje
Te llora esta comitiva.
Con la mirada hacia arriba
Te recuerda quien te vió
Quien contigo compartió
Hijo, profe, compañero
Con este verso sincero
Hasta siempre Andrés Marió.

Referencias bibliográficas

- Hernández-Vergara (2025). *Retrato del Profesor Andrés Mario Casanova*. Técnica Gráfica sobre tela. UMCE.Chile
- Peña, C. (2025). *Extracto del verso Encuartetado por Andrés Marió*. Departamento de Formación Pedagógica, UMCE. Chile.
- Villalobos V., P., Romero-Jeldres, M., Araya Cortez, E. y Marió Casanova, A. (2021). Profesores principiantes: resiliencia y reflexiones de cara a una docencia de emergencia. En M. Romero Jeldres y S. Tenorio Eitel (comp.), *La educación en tiempos de confinamiento: Perspectivas de lo pedagógico* (pp.137-167). Fondo Editorial UMCE.